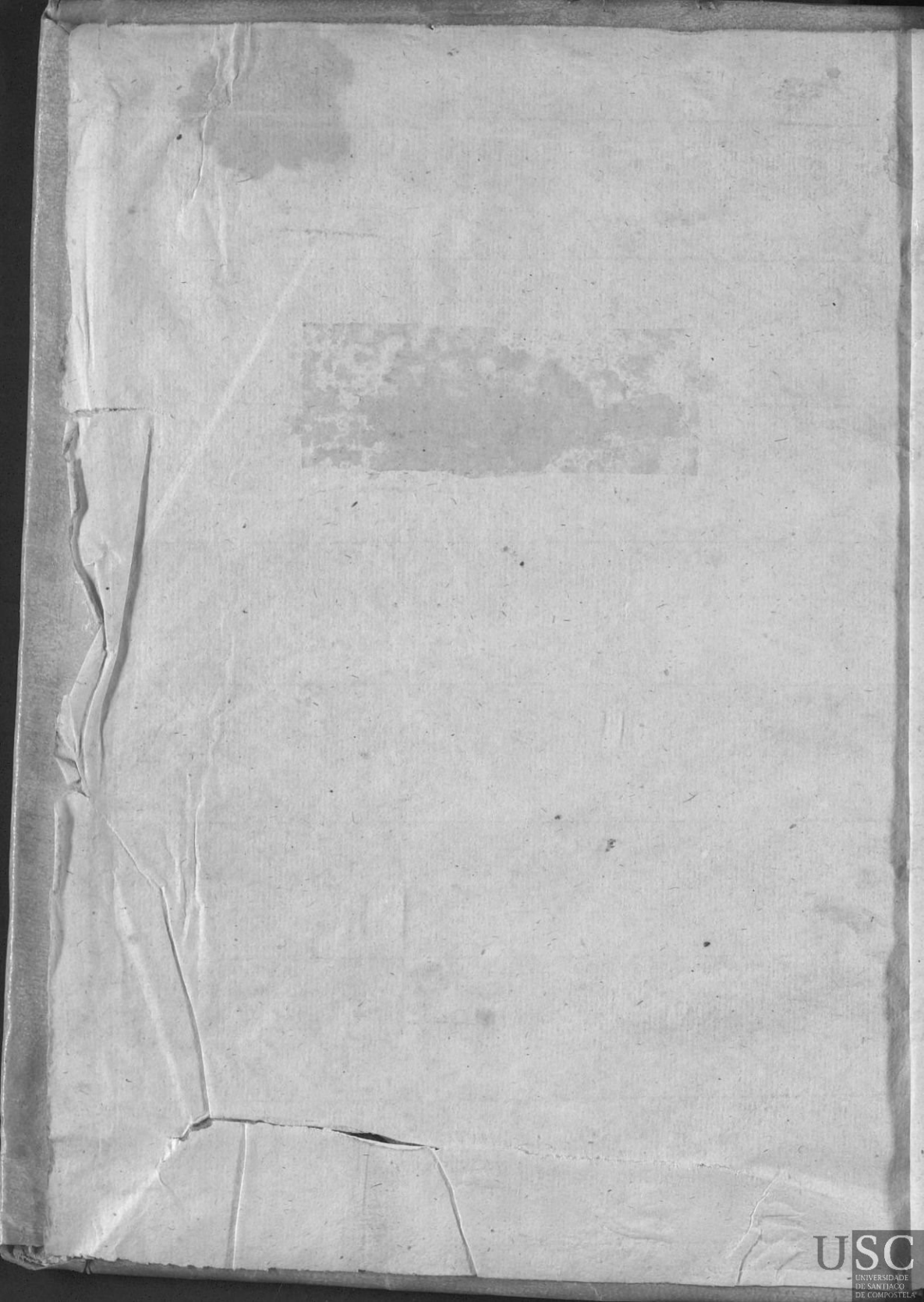


Folletos.

13.

RSE
Fall
XIII



RSE. Foll. XIII



LUCINDA Y BELARDO.

NUEVO Y CURIOSO ROMANCE EN EL QUE SE REFIERE,
que estando Belardo cautivo en Constantinopla se enamoró de el la
hija del Rey, y despues que se hizo Cristiana se pusieron en camino
para venir á Valencia, los quales fueron cogidos por el Turco, y con-
sintieron morir quemados por no renegar de la ley de Dios.

En el alcàzar de Venus,
junto al Dios de los planetas,
en la gran Constantinopla,
allà en la casa de Meca,
donde aquel sultan bagaba
imperio de tantas fuerzas;
aquel Alcorán que todos
le pagan tributo en perlas,
rey de setenta y tres reyes,
de siete imperios cabeza:
este tal tiene una hija,
que es del imperio heredera,
tiene Lucinda por nombre
porque luzcan sus bellezas,
mas que un trono de amariles,
mas que el cielo de Queveda,
trae la Luna en la frente,

son dos aljabas sus cejas,
sus ojos son dos flecheros
que están tirando saetas,
es sirena encantadora,
que encanta cuantos encuentra;
hérída está del amor
porque una amorosa flecha
la traspasó el corazon
por lo que padece y pena,
siendo la causa un Cautivo
de la Ciudad de Valencia,
que en los jardines del Turco
sus plantas cultiva y riega;
no es mozo de mucho tiempo
que á quinze años no llega,
cuya gala y discreccion
punto es de la gentileza;

mas Lucinda que no duerme,
que con ansias se desvela,
y fué que estando Belardo
algo quejoso una siesta
al pie de una hermosa fuente
cuyas corrientes risueñas
con gargantillas murmoran
lo que distribuyen perlas,
al son de un fino instrumento,
cuyas concertadas cuerdas
dan principio á sus acentos
y lastimosas querellas,
y para darles principio
decia de esta manera:
Virgen, pues Vos sois mi madre,
habeis de mi la clemencia,
si nací para penar
el Cielo me dé paciencia;
mas Lucinda que no pudo
resistir tantas ternezas,
se arrojó despavorida
entre unas matas espesas
que está escuchando á su amante
estas lastimosas quejas
y hácia donde está el Cautivo
paso entre paso se fuera,
le dice: Cristiano amigo,
¿que tienes? ¿que te lamentas?
haràs á las peñas duras
hablandar con tus querellas.
Sirena soy que entre encanto
la memoria traigo impresa,
entre tu amor y tus versos
hallan alivio mis penas.
Volvió el Cristiano la cara
y mirando a la Princesa
con una serena risa
la dice de esta manera:
¿cuando mereci, Señora,
que tu magestad me vea,
siendo gran dicha en un triste
el que le mire una reina?

Dijo Lucinda: es mi gloria
mirar estas azucenas,
se me perdió un diamante
al pie de estas macetas,
y ahora le vine á hallar
junto á esta fuente risueña.
El Cristiano que la entiende
la dice de esta manera:
ese diamante, Señora,
es un fuego que te quema.
Lucinda le echo los brazos
porque el amor ya la ciega,
le dice: dueño del alma,
dulce y regalada prenda,
los diamantes de tus ojos
son dos luces que me queman,
yo me muero y tu lo sabes,
y si tu no lo remedias
los volcanes de este pecho
me harán perder la paciencia
Belardo dijo: Señora,
reportaos que estais ciega,
que soy Cristiano y cautivo,
y vengo de pobre esfera,
y tu Mora y de este imperio
eres Reina y heredera;
y mal puede haber amor
donde la ley no empareja.
Dijo Lucinda: Belardo,
no seas de esa manera,
que eres niño y no lo entiendes,
y es cosa muy verdadera
el gozar de la ocasion
cuando el amor lo desea.
Quedó la Reyna dormida,
y el Cristiano que está alerta,
dispuso dentro en su pecho
de acristianar á la Reina
con una concha de plata
que la Turca consigo lleva:
en el nombre de Dios Trino
la echó el agua en la cabeza,

la puso por nombre Rosa,
y quedó, rosa tan bella,
que en paraninfo de flores
resucitó entre azucenas,
despertó del dulce sueño
como la luna serena
cuando sale entre nublados
dando luz á las tinieblas,
le dice: sabrás Belardo
como he soñado esta siesta,
que mi alma estaba cautiva
en una prision perpetua
y que tu me echabas agua,
y que me sacabas de ella.
Belardo dijo: Señora,
es cosa muy verdadera,
sabrás como estás Cristiana
por la potestad inmensa
del soberano rocío
que te cayó en la cabeza.
Le dice: dueño del alma
no quiero mas que me quieras,
ademas que soy Cristiana
sino que mi esposo seas,
que te prometo está noche
antes que la aurora bella
venga bordando los campos
que nos vamos á tu tierra,
para que conozca el mundo
que la que fué su princesa
por dejar la vida airada
vá á cristianarse á Valencia.
Quitóse un cendal dorado
con un encaje de perlas,
le dice: toma Belardo,
de nuestra fé verdadera
será este cendal testigo
hasta llegar á tu tierra,
con esto quédate á Dios
antes que nadie nos vea.
Se fué Lucinda y Belardo
quedó solo entre tinieblas

aguardando que su esposa
le saque de tantas penas.
Se dieron tan buena maña
que en aquella noche misma
aprestaron un barquillo,
y en él dos mil cosas buenas;
Rosa se vistió de Turco
con joyas, galas y perlas,
y Belardo de Cristiano
porque así su ley lo ordena.
Cuatrocientos mil zequies,
de arabia y rica moneda,
lleva para su amante
joyas, dineros y prendas:
se salen por un postigo
que ofrece una falsa puerta,
por el arenal caminan
donde el barco les espera,
los dos se metieron dentro
navegando á toda prisa:
llevan por remo el desco,
por árbol sus diligencias,
por velas llevan su amor,
y por trinquete sus penas,
en el mar de su esperanza
los dos amantes navegan,
donde los lleva el viage,
donde los guia su estrella;
mas no quiso su fortuna
que llegasen á Valencia
porque los allaron menos,
y el Turco con rabia fiera
manda que luego los busquen
por el mar y por la tierra.
Salieron dos Galiotas
fieras, ufanas, soberbias,
carrozas de la fortuna,
que con vaivenes navegan;
cuando el claro rubio Apolo
tiende sus doradas hebras
dando luz al nuevo dia,
dijo Rosa con gran pena:

Belardo, perdidos somos,
porque dos naves soberbias
nos vienen cortando el viento
navegando á remo y vela,
y pues la adversa fortuna
de aquesta suerte lo ordena
goce la mar en tu nombre
aquestas joyas y perlas,
y ya que tu no las gozas
nadie las goce en la tierra.
Dijo, y echolas al mar,
las dos corsarias que llegan,
prenden al triste barquillo
por tener poca defensa,
cogen á los dos amantes
y á la Côte se los llevan,
de que el gran sultan los vió
al proviso los sentencia
de que han de morir quemados,
porque así su ley lo ordena.
Sacan á los dos amantes,
¡ó que dolor! ¡ó qué pena!
Belardo de quince años,
su cara era una azucena,
y Rosa de diez y siete,
mas hermosa que las perlas,
vuelta en candidos jazmines
disciplinas violetas:
desnudos de medio arriba,
descalzos de pie y pierna,
desmelenado el cabello,
con dos muy grandes cadenas,
pregoneros van delante
con cuatro roncás trompetas,
que son voces del silencio

pregonando la sentencia.
Un arco se vió en el Cielo
con dos hermosas diademas
escritas con sangre roja
aquestas siguientes letras:
suban al Cielo los justos
á gozar la gloria eterna,
y los injustos se queden
padeciendo eterna pena.
Estando ya para echarlos
á la encendida candela,
llegó un moro vigilante
y dijo de esta manera:
de parte del gran Sultán,
esto declara mi lengua,
que si al Alcorán adoran
y profesan en su secta,
que si reniegan de Dios,
de la Virgen pura y bella
que se casarán los dos,
gozarán reinos y haciendas:
mas Rosa le respondió
con una fé verdadera:
vez perro, y dile á mi Padre
que reniego de su secta.
que por no ver á Mahoma
me arrojé en la candela,
ea, valiente Belardo,
esta es la fé verdadera,
invoquemos á Jesus,
y á la Virgen pura y bella.
Con esto los arrojaron
á la encendida candela,
y libres de toda culpa
suben á la Gloria eterna.

FIN.

